

f)

La independencia de las colonias portuguesas.

Portugal, primer país europeo que se interesó por el continente negro, a partir del siglo xv, es la última potencia colonial que ha conservado sus posesiones. Mientras que todas las democracias han acabado prácticamente la descolonización del continente en el curso de los años sesenta, las dictaduras ibéricas se agarran a sus territorios de ultramar. Hasta la mitad de los años setenta, Portugal posee aún Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, las islas de Cabo Verde y de Santo Tomé y Príncipe, o sea, territorios que representan veinticinco veces su superficie. Aunque alejados de la mayoría de las costas africanas por las otras potencias coloniales desde el siglo XVII, los lusitanos han mantenido una presencia continuada en el litoral de Angola y de Mozambique. Cuando a partir del siglo XIX la metrópoli se sumerge en el declive económico, las colonias, privadas del comercio de esclavos, subsisten sin recibir inversiones. El interior del país permanece sin explotar salvo puntualmente por una clase de plantadores mestizos, autónomos respecto a la administración.

1. La situación colonial y los primeros partidos nacionalistas.

La sumisión del interior de Mozambique y de Angola no es emprendida nada más que a partir del Congreso de Berlín, en 1885, cuando las potencias europeas discuten la soberanía portuguesa en la zona. Las poblaciones del interior oponen una resistencia que sólo es vencida en el periodo de entreguerras. En las ciudades, Portugal institucionaliza, en los años veinte, la política de asimilación de las élites educadas, los *assimilados*, que disfrutaban de la nacionalidad portuguesa. Desde que se apropia del poder en Lisboa en 1930, Salazar emprende la rentabilización de las colonias. La extracción de riqueza con destino a la metrópoli, que constituye la base de su política colonial, se acentúa después de la segunda guerra mundial por la intensificación del trabajo forzoso y la extensión de los cultivos obligatorios de productos para la exportación. La dictadura de Salazar no ofrece ninguna perspectiva de emancipación nacional; los intelectuales *assimilados*, formados en las universidades portuguesas y extranjeras, tales como Amílcar Cabral, fundador del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), Agostinho Neto, presidente del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), o Eduardo C. Mondlane, dirigente del Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo), proponen, a partir de los años cincuenta, una alternativa radical basada en un análisis marxista-leninista. La mayoría de los movimientos nacionalistas se habían unido al partido comunista, clandestino en Portugal, única fuerza metropolitana favorable a las independencias.

2. Guerras de independencia en Angola, Mozambique y Guinea Bissau.

Alrededor de 1960, la violenta represión de manifestaciones pacíficas a favor de la

independencia empuja a los militantes nacionalistas por el camino de la lucha armada. El Movimiento Popular para la Liberación de **Angola** (MPLA) lanza la ofensiva en 1961, seguida por otras dos organizaciones rivales -el Frente Nacional de Liberación de Angola (FLNA) y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA)-, así como por el PAIGC de **Guinea-Bissau** (1963) y el Frelimo en **Mozambique** (1964). Como reacción, Portugal despliega en el continente a cerca de 190.000 hombres, que representan la casi totalidad de sus recursos militares. Introduce algunas reformas que serán letra muerta y anima a la instalación de nuevos colonos, sobre todo originarios de las regiones más pobres de la metrópoli, cuyo número pasa de 80.000 en 1950 a 600.000 en 1973, o sea, una transferencia de casi el 10 por 100 de la población del país. Aunque la legitimidad de su lucha sea reconocida por la Asamblea General de las Naciones Unidas, los movimientos de liberación sólo se benefician de una débil ayuda exterior, principalmente de los países comunistas. El gobierno de Lisboa, que dedica el 40 por 100 de su presupuesto a las guerras africanas, recibe el apoyo financiero y militar de numerosos países de la OTAN. La guerra, que dura hasta 1974, es larga, difusa y cruenta, sobre todo para las poblaciones civiles, baza de las estrategias de los dos bandos.

3. La independencia tras la *revolución de los claveles*.

El derrocamiento del régimen dictatorial por un grupo de jóvenes oficiales portugueses el 25 de abril de 1974 (*revolución de los claveles*) pone fin a los conflictos bruscamente. Esta victoria por abandono deja a las colonias lusitanas en una situación precaria. Con la excepción del PAIGC en Guinea-Bissau, los movimientos nacionalistas sólo han adquirido un control parcial de los territorios en los que permanecen divididos, como en Angola, en la que varias facciones continúan la lucha. La administración heredada del colonizador es inestable, inexistente en el interior del país, luego el éxodo masivo de los colonos portugueses priva a la infraestructura socioeconómica de sus mandos. A las guerras portuguesas mantenidas por una lectura Este-Oeste (Guerra Fría) de los problemas de descolonización, sucede en Angola y Mozambique la misma confrontación por movimientos locales interpuestos. La confusión interior, alimentada por las rivalidades étnicas, favorece la injerencia de países extranjeros: Suráfrica y las tropas cubanas intervienen en los dos países a partir de 1975.

4. Guerras tras la independencia en el contexto de la Guerra Fría.

a) Las guerras en el contexto de la Guerra Fría.

La descolonización portuguesa ha dejó a Angola y Mozambique en una situación precaria. Los movimientos independentistas que llegan al poder en 1975 después de quince años de combates deben lo esencial de su victoria al abandono de la lucha por el colonizador lusitano, inmerso en la «revolución de los claveles». El Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) en Angola y el Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo) en Mozambique heredan territorios que sólo controlan parcialmente y una administración vacilante, poco implantada en el interior. La guerra ha arruinado la economía, destruido las infraestructuras y privado al país de los mandos portugueses, que han huido en masa con la independencia.

En los dos Estados, los nuevos dirigentes, que han adoptado el marxismo-leninismo, están formados frecuentemente en las universidades metropolitanas o extranjeras; mayoritariamente mestizos, pertenecen a la élite de los *assimilados*, fracción «civilizada» de la población indígena. Adhiriéndose al socialismo, los responsables del Frelimo y del MPLA habían ganado el apoyo del clandestino Partido Comunista de Portugal, única fuerza metropolitana favorable a la independencia, y logrado una legitimidad que les permitía suplantar

a los jefes de los clanes tradicionales.

Sin embargo, en el contexto de la guerra fría, la emergencia de nuevos Estados comunistas trastoca el equilibrio geoestratégico del África austral. Desde 1975, las potencias occidentales, que habían sostenido al colonizador portugués frente a los nacionalistas, apoyados por el bloque del Este, favorecen el impulso de movimientos de guerrilla antimarxistas: los servicios secretos norteamericanos apoyan a la Renamo en Mozambique, mientras que el Congreso autoriza al gobierno a aportar ayuda oficial a la UNITA de Angola. En cuanto a los dirigentes de Maputo y de Luanda, han pedido ayuda a China y a la URSS y sobre todo a las tropas cubanas, que permanecieron en Angola de 1975 a 1989. Suráfrica aprovecha la ocasión de esta confrontación bipolar para hacer valer sus intereses regionales. Sus tropas intervienen directamente en Angola, a la que reprocha el servir de refugio a los nacionalistas surafricanos del ANC (Congreso Nacional Africano, el partido de Mandela que lucha contra el régimen blanco de Sudáfrica) y namibios de la SWAPO. Los combatientes surafricanos se introducen igualmente en Mozambique para apoyar a la Renamo.

b) Enfrentamientos entre tribus que apoyan cada una a un movimiento.

Aunque similar en muchos aspectos, la situación política evolucionará de manera diferente en Angola y en Mozambique.

En Angola. El MPLA, que toma el poder después de haber llevado a cabo lo esencial de la guerra anticolonial, es rechazado, incluso antes de la proclamación de la independencia, por otros dos movimientos de liberación: el FNLA al norte y la UNITA al sur. Si el FNLA cesa sus actividades a partir de 1979, el activismo de la UNITA no se debilita: la organización de Jonás Savimbi está profundamente implantada en las mesetas centrales, pobladas por los ovimbu, que componen la mayor parte de sus tropas. Su lucha, aunque llevada a cabo en nombre del antimarxismo, está alimentada por el rencor de los pueblos del interior respecto de la élite del poder, dominada por los mbundu y la población mestiza de los *assimilados* de la costa, acusados de monopolizar el Estado y de apropiarse de la mayoría de las riquezas. Esta separación está acentuada por una oposición política: los marxistas occidentalizados de las ciudades desean colectivizar las tierras, a lo que se oponen vigorosamente las poblaciones rurales del interior.

La guerra civil, permanente desde la independencia, devasta las zonas de producción agrícola y destruye la débil infraestructura administrativa y económica del país. El gobierno del MPLA aprovecha sin embargo el descubrimiento de petróleo en los años setenta para abrir el país a los inversores extranjeros y a los Estados occidentales. El maná petrolífero aviva otro foco de tensión: el del enclave de **Cabinda**, separado de Angola por el Zaire, y que produce las dos terceras partes de los hidrocarburos. La guerrilla autonómica local (FLEC), creada en 1963, acentúa la presión.

En Mozambique, el Frelimo en el poder dispone en principio de una ventaja considerable sobre su homólogo angoleño: ha sido el único movimiento de liberación nacional. En 1975 es popular en todo el país y puede contar con el embrión de estructuración de un Estado que ha instaurado en las «zonas liberadas». Las autoridades de Maputo utilizan este capital para montar su proyecto de «nueva sociedad» de inspiración socialista. Las tierras son colectivizadas y se crean «pueblos comunitarios» en torno a las cooperativas agrícolas. Esta empresa sólo tendrá beneficios mediocres a pesar de la vuelta a la producción después de la guerra de la independencia. Los resultados serán más convincentes en materia de educación y de salud, hasta el punto de que la OMS considera el sistema de atención médica mozambiqueña como uno de los mejores de África. Los rebeldes armados de la Renamo están mal vistos en el país y son percibidos como un movimiento extranjero, financiado por Rodesia, Suráfrica y los servicios secretos norteamericanos.

Sin embargo, a partir de 1982 la situación se invierte. Mientras que la Renamo pierde

sus bases de retaguardia en Rodesia, convertida en Zimbabue, el movimiento consigue atraer sectores cada vez más importantes de la población, de todo tipo de etnias. El régimen del Frelimo aliena a las poblaciones rurales imponiendo su agrupación en los pueblos cooperativos «racionales», confortables, pero sin raíces. La juventud, que se ha expatriado a las ciudades, donde se encuentra desempleada, es repatriada al campo, donde no puede integrarse. La Renamo recluta a sus soldados, frecuentemente por mano militar, entre esta juventud. Los jóvenes reclutados en una región combaten en otra en la que los campesinos aseguran el suministro. La estrategia de la guerrilla se limita a la destrucción de todos los símbolos de la ciudad y del Estado, comprendidas las infraestructuras sanitarias y educativas. Las vías de comunicación, como las líneas de ferrocarril que unen Zimbabue con el océano Índico, son objeto de repetidos ataques que paralizan los intercambios comerciales. A la violencia del movimiento rebelde contra las poblaciones que rechazan ponerse bajo su protección responde la de las fuerzas gubernamentales contra los civiles de las regiones implicadas.

c) El conflicto tras la Guerra Fría: la desinternacionalización.

Mientras ha durado la guerra fría, la asfixia de Cuba y la voluntad de Suráfrica de mejorar su imagen han empujado a La Habana y Pretoria, en 1988, a celebrar un acuerdo para desprenderse de Angola. Paralelamente, el gobierno sudafricano abandona la Renamo para establecer relaciones con el gobierno de Mozambique. En 1990, la economía de mercado se introduce en las dos repúblicas populares. La UNITA en 1991 y la Renamo en 1992 se convierten en partidos legalmente reconocidos y se firman acuerdos de paz que prevén la celebración de elecciones pluripartidistas bajo la égida de las Naciones Unidas.

Pero la esperanza provocada por la desinternacionalización de los conflictos no dura mucho. Antes incluso de la celebración de las elecciones, la Renamo retoma la lucha, lanzando en octubre de 1992 una larga ofensiva en el norte del país. La UNITA hace lo mismo, rehusando reconocer la derrota de su jefe, Jonás Savimbi, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales angoleñas de septiembre de 1992.

La situación se presenta sin embargo diferente en los dos países. En Angola, donde la UNITA ha extendido su control al 70 por 100 del territorio, las negociaciones han sido emprendidas y podrían acabar en un reparto étnico regional del país. En Mozambique la Renamo se encierra en una lógica de guerra sin proyecto político, teniendo como única perspectiva la perpetuación del conflicto que la hace vivir. Las fuerzas del gobierno, quien al borde de la ruina ha dejado de pagar a sus tropas, escapan a todo control. Mientras en 1991 y 1992 el país sufre de hambruna, los elementos de los dos campos constituyen bandas de ladrones que recorren el país. La ayuda humanitaria destinada a paliar la sequía de 1991-1992 era robada por las dos partes cuyo objetivo era controlar a la población. Las esperanzas se vuelven hacia un refuerzo de las fuerzas de las Naciones Unidas encargadas de vigilar la aplicación de los acuerdos de paz, desde 1992 en Mozambique (ONUMOZ) y desde 1991 en Angola (ONAVEM), que no han impedido, sin embargo, el entierro de los acuerdos.

No obstante, mientras que Mozambique parece conocer, desde 1993, cierta calma que permite organizar las elecciones bajo control internacional en octubre de 1994, en Angola la situación parece estar hecha de ofensivas y contraofensivas gubernamentales y rebeldes por el control de las riquezas mineras y petrolíferas del país. La obstinación de Savimbi de contestar por las armas a su derrota en las elecciones de 1992 le vale, a partir de septiembre de 1993, un embargo petrolero y militar decidido por la ONU. La integración de la UNITA en la vida política «normal» en 1996 con su reconocimiento como «cabeza de la oposición» ha cambiado el escenario. Pero, tras el reinicio de los combates en julio de 1997, la ONU ha retirado sus tropas en 1999, dejando al país amenazado por la hambruna.